

“Palabras tardías a Miguel Espinosa”

Gonzalo Sobejano

Revista *El Urogallo*, abril 1991

Querido y admirado Miguel Espinosa:

Amigos tuyos me han pedido por teléfono a Nueva York unas páginas para leerlas en cierta sesión que en tu homenaje van a celebrar este mes de julio de 1989, durante los cursos de la Universidad Complutense en El Escorial.

Resumiendo lo que acerca de la calidad de tu obra y el valor singular de tu escritura he publicado, podría yo enviarles, en función de crítico o de profesor, unas consideraciones estimativas de tan alto entusiasmo como escasa novedad.

Confieso, sin embargo, que lo que a mí me hubiera gustado habría sido poder dirigirme a ti como personaje de tus novelas: haber figurado en *Escuela de mandarines* con algún nombre ficticio (por ejemplo, Gontrano), o en *Asklepios* tal vez con el de “Soolonte, el ateniense”, o en *Tribada* con mi nombre propio y completo: Gonzalo Sobejano Esteve. Y he experimentado este anhelo de ser personaje ingeniado por ti, primero leyendo tus novelas; después, incitando a leerlas a estudiantes de la Universidad de Columbia, y últimamente, hace apenas dos meses, al visitar Murcia, nuestra ciudad.

Fueron Enrique Tierno Galván y José Luis Aranguren, en sendos artículos de la Prensa, quienes despertaron mi atención hacia tu recién publicada *Escuela de mandarines* que busqué pronto y leí con admiración creciente pero también con alguna dificultad a causa de los muchos nombres, los extendidos, las copiosas y minuciosas notas y el denso pensar constante. Me fascinó el poderoso ánimo satírico con que delatabas la inamovible gobernación de los mandarines tanto como la inspiración con que escribías la hazaña moral del Eremita, planteando múltiples juegos y tensiones de voces y de géneros, sembrando cánticos y lamentos y haciendo brotar, a cada paso, reflexiones, aforismos e ideas.

Desde entonces hasta el momento en que volví a leer textos de tu pluma transcurrieron diez años. Ya habías dejado tú este mundo en el que, atento sólo a lograrlo a ti mismo

en tu esfuerzo creador, jamás perseguiste el lucro, cuando recibí de un amigo murciano *La tríbada falsaria* y *La tríbada confusa*, que leí con el apasionamiento necesario, y poco después, *Asklepios, el último griego*, que leí con el estremecimiento que ha de suscitar en toda conciencia limpia semejante alianza de comprensiva revelación, de hermosura y bondad. Habían ido aumentando por esos años las noticias acerca de tu persona y de tu genio, pero el reconocimiento mayor, aunque no pleno todavía, llegaba después de tu muerte, aparecidos ya esos tres libros que en tan corto plazo pude yo disfrutar. En la revista “Ínsula” dediqué a *Asklepios* un comentario, “Razón y canto de las edades idas”. Para la edición completa de la historia de la falsaria y confusa Damiana entre su Lucía y el Daniel amparado por Juana (conjuntada por ti, poco antes de ausentarte, bajo el título unitario de *Tríbada, Theologiae Tractatus*) tuve la honra de escribir un prólogo, “Comento de comentarios”, encomendado por la Editora Regional Murciana y para el cual me ofreció cuidadoso auxilio tu hijo Juan.

Diría yo que tu libro más lírico es *Asklepios*, elegía en memoria de la niñez, la adolescencia y la juventud (edades idas) y en honor a la Grecia antigua (edad histórica eternizable); tu libro más dramático sería *Tríbada*, comentario irrestañable al conflicto entre la concupiscencia transgresora, como fútil disolución en el azar, y la conciencia ética, como esfuerzo perenne en busca del sentido de la acción; tu libro más épico, y el más enciclopédico es *Escuela de mandarines*, monumental alegoría del abuso político. ¿Será por haber publicado primero este volumen tan vasto y tan complejo, por lo que la generalidad de los lectores ha tardado en conocerte, o sea, admirarte? Quizás; pero a ti ya nada te importa eso: es a nosotros a quienes importa que se reconozca en tu nombre tu esfuerzo, para que vivas más, para que no continúes creyendo que “nada regresa, sino que transcurre sin retorno hacia la nada”. ¿Y si acaso todo retorna infinitamente? Desde que conocí tus libros –“pensarosos”, míticos, metafictivos, poemáticos- me importó mucho releerlos y darlos a leer a otros. Queriendo poner a prueba la vitalidad de tu palabra sustantiva en el terreno profesional en que me muevo, escogí en el otoño de 1988, para un curso acerca de novelistas españoles contemporáneos, junto a obras ya canónicas, como *La colmena*, *Tiempo de silencio* o *Volverás a Región*, una que nunca ha figurado en los programas de lecturas de estas Universidades: *Tríbada*. El resultado ha sido muy satisfactorio. La lectura de *Tríbada* causó razonado fervor en varios estudiantes, algunos de los cuales compusieron interpretaciones dignas de publicación

acerca de tu obra. Así pues, ya empieza a haber espinosianos en Nueva York, y dentro de poco habrá más de un espinosista.

No hace mucho, como te decía, fui a Murcia con motivo de cierta celebración universitaria. Percibí en nuestra ciudad un ambiente distinto del que tú conociste y yo también. Todo era más abierto, más libre, más verdadero. Y tú has contribuido a ello como nadie. En Murcia encontré jóvenes oleadas de estudiantes, nuevos soplos de futuro y un desfile de sucesos por encima de los fijos y vetustos hechos de siempre. Y te recordé, y te recordamos. Estuve conversando con Alfredo Montoya Melgar, conocí a José Luis Martínez Valero, buscamos a José López Martí. Una mujer joven, a la que llamaré Consuelo, me dijo que la próxima vez que volviera a Murcia me presentaría a Damiana Palacios, la cual tendría mucho gusto en recibirme y prolongar el comentario.

Amigo Miguel Espinosa. Yo creía no haberte conocido en persona, pero en una fotografía de cierta revista en la que Martínez Valero te dedicaba un poema y en la que se publicaban varios preciosos relatos de tu próximo libro *La fea burguesía*, te identifiqué, y me dije: a Miguel Espinosa le he conocido yo, le he hablado, con seguridad. Y hay más: descubrí hace poco que en el número 2 de la revista poética “Sazón” (Murcia, junio 1951) colaborábamos tú y yo, entre otros; tú con un fino escrito inclasificable titulado *Cazador de mariposas* y yo con tres poesías. Llego a pensar que si me hubieras conocido más me habrías acogido en la nómina de alguna de tus novelas. Y ahora que lo pienso mejor, comprendo que no puedo pedirte que me acojas: es tarde, y además, no hace falta.

Se he estado hablando en Murcia con Alfredo Montoya Melgar y con José Luis Martínez Valero; si el propio Mariano, aquel catedrático pedante de quien te sonreías en *Tríbada*, vino a saludarme un momento en el patio del antiguo convento de la Merced; si Damiana se ha manifestado dispuesta a recibirme, quiere decir que con algunos de ellos podré, cuando Dios quiera o el Diablo lo amañe, reanudar el comentario infinito en que tú has transformado la novela, revolucionando tan cervantinamente la visión de los nexos entre lo real y lo fingido. ¿Qué es la ficción y qué realidad? ¿Qué es auténtico y qué es apócrifo? ¿Dónde en tu obra la lírica y la crítica, la magia y la razón deslindan sus efectos? ¿Y cómo puedo aspirar yo a que me incluyas en el mundo imaginario de *Tríbada* si ya estoy dentro de él? ¿Sabes con quién hablé unos minutos el otro día

cuando me llamaron por teléfono tus amigos? Con la mismísima Juana, la amiga tutelar de tu airado y dolido Daniel.

Ojalá pueda ella leer estas palabras que te dirijo: palabras tardías, pero impregnadas de fraternal dilección.

Tuyo,

*Gonzalo Sobejano.*

Nueva York, 29 de junio de 1989.